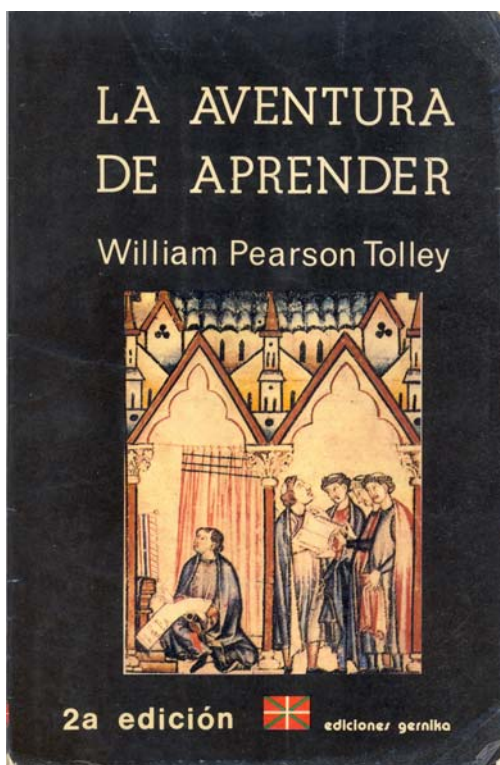


La Aventura de Aprender

Beatriz Sánchez Marta¹



El presente comentario se desarrolló a partir de la lectura del libro *La Aventura de Aprender*, de William Pearson Tolley, publicado originalmente en inglés en el año de 1977, y en español en 1978 por Ediciones Gernika. La obra, de 96 páginas, consta de un prefacio escrito por el propio autor, y once capítulos. Cada capítulo es un ensayo que trata sobre algún aspecto de la educación.

¹ Instituto Federico Froebel. Cd. Juárez, Chih.

En principio, el libro atrae por su título. Pero si uno lo hojea y al azar detiene la vista en alguno de sus párrafos, hallará ideas, metáforas, ejemplos de toda clase que convergen en el tema del aprendizaje.

Por el conocimiento sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje que contiene el libro, el autor manifiesta una gran erudición y muestra, en el manejo de la información, una gran experiencia no únicamente como profesor sino también como promotor de la educación. De hecho, al investigar sobre la vida profesional del Dr. Pearson Tolley, se encontró que durante 27 años, de 1942 a 1969, fue rector de la universidad de Siracusa, en Nueva York. Asimismo, se destacó por su liderazgo en entidades como la Asociación Americana de Universidades.

La aventura de aprender es un libro que, por las varias ediciones que lleva ya en nuestro país, más que en los propios Estados Unidos, dónde sólo se publicó una vez, lo que si es en verdad insólito, ha sido utilizado desde el nivel secundario hasta la universidad y, por su sencillez y atractiva lectura, seguramente no le han de faltar lectores sin especialidad alguna.

El libro está escrito para toda clase de gente de cualquier edad, sin importar el grado de

educación de la persona que lo tome entre sus manos, pues esa es la intención de Tolley: atraparlo, hacerle ver que la mucha o poca escolaridad no es obstáculo para aprender, para disfrutar de la autoinstrucción. Aún más, pretende que la autoeducación sea como la vida misma: un proceso continuo hasta el fin de los días del individuo.

Por eso le denomina *la aventura de aprender*, porque la exploración del conocimiento debe ser una búsqueda constante. Y esa pasión por el conocer es la que marca al hombre inquisitivo moderno, ya sea científico o intelectual, que a veces carece de educación formal, como el inventor Tomás Alba Edison o el escritor Juan José Arreola.

Tolley estaba convencido que la verdadera educación era adquirida por uno mismo, en un vuelo solitario por la vida, y por la atención puesta en las fuentes de conocimiento, llámense bibliotecas o comunidad virtual, como el internet de ahora.

La razón fundamental de esta creencia estriba en que el hombre es el único ser de la naturaleza que no únicamente aprende en todos los momentos de su vida y bajo cualquier circunstancia, sea bajo presión o libre de ella, sino que también propone situaciones de las cuales

obtiene información y aprende. De esta manera, nuestra especie aprende sobre lo aprendido y reconstruye cada vez más hacia arriba. Esta ha sido la constante desde el momento en que el hombre despertó a eso que conocemos como *cultura*.

Tolley apoyaba esta idea parafraseando a la aviadora Anne Morrow Lindbergh, esposa del *aguila solitaria*, Charles Lindbergh, el que en 1927 realizara el primer vuelo en avión a través del océano Atlántico, quien al emprender un vuelo recibió el siguiente mensaje radial de la torre de control: *visibilidad ilimitada*.

Luego, Anne Morrow escribió: “al oír la palabra ilimitada levanté la vista. ...*ilimitada*, mi respiración se acelera al oírla sonar. Porque sugiere más que el término técnicamente perfecto, techo y visibilidad ilimitados.”



Anne M. Lindbergh. 1937

Y así, sin límites, y como un vuelo lleno de aventuras y esperanzas, es la educación. Más aún la autoeducación, donde cada cual es el propio piloto de su vuelo personal.

El libro es también una invitación a ir más allá de la lectura, a reflexionar sobre la vida en función de las lecciones de otros que

caminaron por donde uno ni siquiera ha visto el sendero.

Sin embargo, aclara, “uno de los mayores problemas que encaramos en la educación es encender el fuego de la curiosidad y la investigación intelectual.” Y quien no es curioso de la sabiduría, aunque tenga título universitario, se estanca. El conocimiento adquirido hoy, si no se mantiene vivo, se olvida en parte, se hace obsoleto por otra parte, se endurece y deja de ser útil lo que queda. Por eso, la autoeducación no consiste en aprender hoy algo y luego no seguir estudiando, no, la autoeducación es como un fuego que debe mantenerse perpetuamente encendido, alimentándolo con materia.

Por eso la diferencia clara entre el estudiante y el estudioso. El estudiante es el que formalmente cursa estudios oficiales en alguna institución, y que deja de tener ese estatus en el momento en que obtiene su grado o abandona la escuela. Por el contrario, el estudioso es aquel que informalmente, como un deber –como el caso de un profesor investigador– o por gusto –como el autodidacta–, se mantiene intelectualmente activo estudiando cosas que les interesan y les hacen vivir.



William P. Tolley

Incluso lo desconocido no descorazona al estudioso. Si le interesa un asunto, sin demora acomete el reto de aprender nuevas palabras o sistemas de ideas que le permitan acceder a esa particular área del conocimiento. Es cosa de tiempo para que adquiera entendimiento y lo imposible pase a ser posible.

Para quien se aventura por el aprendizaje a lo largo de su vida, aprende a navegar por las inmensurables cantidades de información que hoy día produce el hombre, como lo hicieron los antiguos navegantes descubridores de nuevos mundos.

No nomás hay que vivir la vida biológica, dice el pensador chino Lin Tai Wao, eso dejémoselo a los animales; los humanos tenemos una vida de espíritu, que por lo común está vacía pero que podemos y debemos llenar mediante el aprendizaje. Y éste, en la formación autodidacta, llega a través de la lectura, primero, y de la escritura, después. Por eso, aseveraba Lin Tai Wao, *somos lo que leemos y escribimos lo que somos.*

La educación no es para espectadores, afirma Tolley, es un juego para jugadores fuertes. No es para aquellos que únicamente buscan un

título académico para sobrevivir o preñar sin importarles la manera en como lo obtengan. Quienes hacen esto no merecen los certificados que obtienen, ni tampoco son dignos de usufructuar los beneficios que les conceden. La educación demanda entrega y devoción, y la autoeducación –que es una acción netamente voluntaria– exige, además de sacrificio personal, pasión. A estos últimos *apasionados* se les conoce como *mentes disciplinadas*.

Finalmente, debe recalcar que el libro de Tolley es un recorrido histórico y literario

alrededor de los procesos de enseñanza–aprendizaje; un canto al principio de la humanización del hombre y a la última de sus esperanzas en estos tiempos de riesgos tecnológicos, que no es otra cosa sino la misma educación.

Y como dice, “la aventura es sólo nuestra. El pensamiento es sólo nuestro. La excitación es sólo nuestra. La educación es un vuelo solitario.”

Culcyt

